

FRUGONI Y SU TIEMPO

En el acto de homenaje a Frugoni que ayer realizó nuestro compañero Quijano dijo lo siguiente:

ESTAMOS en deuda con Frugoni. Todos. Pero es deuda que ya nosotros no podemos cumplir. Frugoni cumplió algo más, mucho más, que discursos de circunstancias o artículos de aniversario. Espera el ensayo o el libro que, lejos del tono apologetico, lo sitúe, para juzgarlo y valorarlo, en el espacio y tiempo de su abnegado quehacer.

Fueron las suyas, vida pública muy rica y obra muy diversificada, aunque troqueladas ambas por unidad esencial que, en muchas ocasiones, el resplandor de los combates cotidianos impedía ver. Combates que se extendían durante setenta años, desde las guerras civiles de 1904 y 1910, a la barbarie regresiva, hipócrita y siniestra de nuestros días.

Setenta años en un país que no tiene ciento cincuenta de vida independiente y cuya organización comenzó hace menos de un siglo.

Cuando Frugoni adolescente se acerca al mundo donde lo espera su larga vela de armas, el batllismo inicia su ascensión. En un país sin proletariado y sin campesinos, rodeado y amenazado desde siempre, por dos grandes "Atuelado" por otro más grande ¿qué significa levantar la bandera del socialismo?, ¿qué eco en esa sociedad dependiente, precapitalista, puede encontrar la nueva palabra?

El batllismo practica un socialismo pragmático: nacionalista, es el aspecto más decurso y henchido de futuro de su empresa; impone una legislación social; contribuye a la consolidación de la democracia política, una democracia insólita en un continente de dictaduras y que, alcanzada, pudo considerarse, con orgullo e ingenuidad, sin par e impercedera. En la Constituyente del 16, el voto secreto, la representación proporcional, el gobierno colegiado destinado a poner freno a la vanidad de los honores y a asegurar la pacífica evolución de los países, coronan a esa democracia. El batllismo es el socialismo de su tiempo en esta tierra. ¿Qué destino le cabe al otro socialismo, frente a esa fuerza que se le adelanta en las realizaciones inmediatas?

En 1929, Batlle muere. Su muerte tiene ahora, vista a la distancia, un amargo significado. Con Batlle muere un tiempo. Los hombres no hacen la historia; pero influyen sobre la historia, al menos sobre la historia a corto plazo, aquella que a una o a dos generaciones puede vivir. Antes de cuatro años de muerte Batlle, a poco más de catorce años de aplicada la nueva Constitución, la dictadura, para siempre excoirazada, reaparece y se instala. El gran mito colectivo, vital y reposante, creativo y histórico al mismo tiempo, de la estabilidad institucional y del progreso ininterumpido por los cauces de la democracia política y pacífica, se hace añicos. Batlle vivo, quizá hubiera podido detener o diferir por unos años, el atentado; pero si el atentado se produjo, es razonable pensar que la subsistencia del sistema no dependía de la vida o la muerte de uno o de algunos y que la caída no fue obra exclusiva de la acción considerable — de todos modos condenable y sin atenuantes — de otros.

En 1933, Frugoni ha pasado la cincuentena. Ejerce, por entonces, el decanato de la Facultad de Derecho. Asume sus responsabilidades con la alta dignidad que caracteriza a toda su vida. Fustiga a la dictadura, defiende la autonomía universitaria, marcha al destierro, reorganiza su partido.

El 42 y con más razón el 46, cuando el batllismo desalojado del poder el 33, lo reconquista, es el retorno de la esperanza. El país cree que puede reinstalar, en un mitóclon, una vez desvanecida la pesadilla, el reloj reiniciada la marcha interrumpida el 31 de marzo. **Que éste sólo fue un accidente histórico, pasa-**

pero, sin huella y sobre todo sin raíz. Una enfermedad de la cual apenas queda un borroso y mal recuerdo. Del 46 al 58, doce años de neo batllismo con nuevo colegiado en 1951 para que la vuelta a la tierra prometida sea más cabal. Pero la fe se pierde y el 58 la esperanza cambia de signo. El nacionalismo que se desgastará en el poder al paso de pocos años. A partir de entonces, en un juego cuyo ominoso significado, pocos vieron o pocos quisieron ver la recaída en el presidencialismo más crudo entonces, el gobierno del gobierno del Partido Colorado. El batllismo que nace en los primeros años del siglo, conoce su apogeo entre los diez y los veinte, y está ya herido de muerte por los treinta, será enterrado ahora en estos turbios años que estamos viviendo.

De ese mundo nuestro, ese pequeño mundo nuestro, que conoce el nacimiento, el auge y la declinación del batllismo, que pone cruento empeño en la difícil consolidación de la democracia política y asiste con acobambo y desesperación a su caída, que quiere organizar la justicia social y liberarse por las nacionalizaciones del cambiante enemigo siempre en acecho, de ese mundo, en el cual Frugoni se forma y del cual fue obrero aplicado y esmiro, ¿qué nos queda? ¿Es exagerado pensar que se hizo trizas? ¿Es equivocado creer que otro mundo, todavía informe, está naciendo? ¿Es desvarío afirmar que la democracia del siglo XXI, no en estos siglos XX y que así mismo el socialismo de mañana, no será, en sus formas y expresión, el de ayer y el de hoy, aunque su esencia permanezca?

Pero el gran fresco de esos setenta años del batlle no indagado por Frugoni, ni estudiado completo si olvidáramos al vasto e ignoto o mal conocido mundo circundante y lejano, al cual, obligados, empezamos a asomarnos, porque empezamos a comprender que nuestro destino, desde luego, ya no es más, estrechamente a cuanto fuera de las fronteras patrias ocurre. Por la acrecida interdependencia de todos los países y en primer término, por la acrecida dependencia de aquellos, como el nuestro, que forman el Tercer Mundo.

¿Qué otro período de la historia ha tenido ritmo tan vertiginoso, ha estado henchido de tanta vida y muerte, ha transformado tan profunda y revolucionariamente el paso fugitivo de los hombres?

Dos guerras mundiales; las crisis económicas más hondas; el derrumbe del neo capitalismo; la victoriosa marcha nunca imaginada del nazismo y el fascismo; la caída de los viejos imperios; la consolidación de un super imperialismo cuyo poderío no tiene parangón, que nos amenaza a todos, que es el enemigo común y primero; el desenfrenado desarrollo del capital monopolista y de las llamadas empresas multinacionales que son de una sola nación a la cual, a su vez dominan; la irrupción de las nacionalidades; el advenimiento de la revolución soviética y de la revolución china, la aparición en este nuestro encadenado continente, de la revolución Cubana. Todo eso en los últimos cincuenta años.

Y además, la disolución de la Segunda Internacional y la suspensión y la antroponización del estatilino y su posterior contenido de revolución cultural y el reconocimiento de la existencia de distintas vías nacionales, que llevan hacia el socialismo sin olvidar las patrias.

Ahora ya lo hemos aprendido a costa de sudor, sangre y lágrimas: el subdesarrollo es la otra vía al desarrollo, no su antónimo, sino de sombra del imperio. Y las fuerzas, en el proceso dialéctico, se han polarizado. El enemigo es ese imperio. Todos los que están con él son los enemigos de nuestros pueblos. Todos los que están contra él, son nuestros amigos.

También podemos decir que el antiperperialismo es el socialismo de los subdesarrollados. No habrá patria para nosotros, sin socialismo;

pero tampoco habrá socialismo, en los tiempos que corren, sin patria.

Cuanto ha ocurrido en el ámbito nacional en estos últimos setenta años, ha sido reflejo o eco, adaptado a las características nacionales, del acontecer en otras tierras. No ha muerto sólo nuestro, pequeño mundo. El mundo del mundo en el cual nosotros vivíamos inmersos. Y así adquiere mayor patetismo y trascendencia la figura y el quehacer de Frugoni.

Fecundo más que ninguno se ha revelado el método que Marx nos legó y sídido más que nunca se muestra ahora el objetivo. El capitalismo es una categoría histórica condenada. La ciudad futura, cuyas características aparecen todavías confusas, será socialista y, nosotros, los subdesarrollados, "el más débil eslabón de la cadena", tenemos la gloriosa misión de ser la vanguardia de la revolución inevitable. El imperio caerá, corrido por sus contradicciones internas pero, sobre todo por los ataques de la insurrección mundial de nuestras patrias proletarias, los "nuevos bárbaros", que agravarán, esas contradicciones, hasta hacerlas estallar.

Si, para comprender a Frugoni, para valorarlo lo que fue su larrea, su sacrificio, su andar, su limpieza y ejemplar vida sin flaqueas, será preciso reconstruir el proceso de esos setenta años por donde transita su lucha, en un país que pierde sus mitos, ve derrumbarse sus estructuras, es un mundo siempre en el que da vez menos ancho donde una civilización despótica que niega al hombre, se hunde en la decadencia.

Su débil barca que atravesó tantas tormentas, tuvo siempre el mismo rumbo. Frugoni fue, de la adolescencia a la vejez, socialista. Y bien poco o nada significan frente a esta verdad fundamental e irrecusable, las discrepancias técnicas y los matices teóricos. Los desencuentros en la praxis y las oposiciones en la interpretación.

Fue del alba a la noche y de los pies a la cabeza, socialista y a tal fin, frente a la anarquía, la alienación, el afán de lucro, la servidumbre y la explotación, el socialismo, el capitalismo, postuló la propiedad colectiva de los medios de producción, para exigirse a cada uno de acuerdo con su capacidad y retribuirla primero, de acuerdo con su trabajo y después de acuerdo con sus necesidades. También él, como el Che, tenía una imagen esperanzada del "hombre nuevo", el hombre liberado por el socialismo.

En su inmisericordiosa soledad, cuando la noche echó sobre él esta imagen, él no se abandonó. Fue su compañera. Si, el afán no había sido vano; el sueño no había sido sólo sueño, corales de agua roto por los cascos de corrientes desbocados; las gritas y los ecos no acallaron a los vientos. A devoción de nuestro señor don Quijote no invocó en su lecho de muerte, antes de entrar para siempre en la paz, a la cordura. ¿Cómo invocaría si su cruz había sido su cruz cuando los más enloquecían, cuando los fantosmas que tocó apotrojar y combatir simulaban cordura para ocultar su tristeza, disimular su estulicia, decorar sus tristes ambiciones?

Nadie puede quitarle a Frugoni su honorro puesto en la historia del continente, en la historia del país, en la historia del socialismo.

Maestro de vida y maestro de esperanza, nos enseñó con su ejemplo a perseverar sin triunfar; la virtud del orgullo y el valor de la modestia. Nos enseñó también que el marxismo — materialismo histórico y materialismo dialéctico — es el único humanismo fecundo y el más alto idealismo. Y nos reveló cómo el amor a la tierra y a su pueblo, puede ser llaga y alegría.

Murió en horas sombrías. Antes del alba. Cuando éste llegue — y llegará sin duda — suya será también, como de cuantos vivieron y murieron para que la patria fuera de todos.